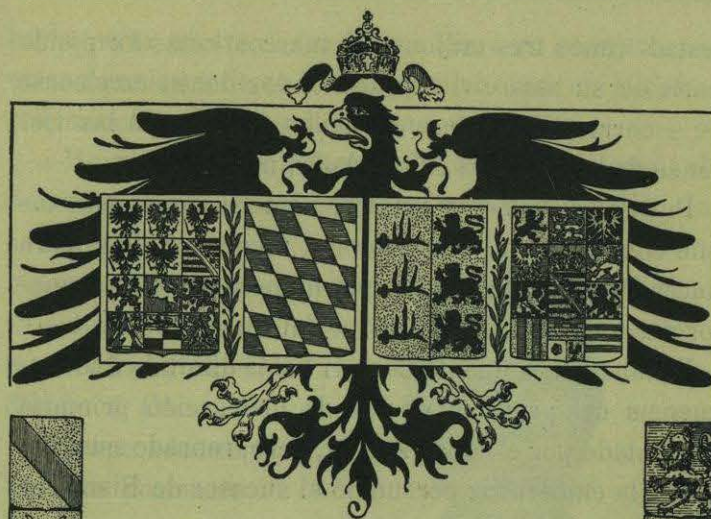


La llegada imprevista del kaiser produjo sensación. Sus primeras palabras fueron para felicitar á la señora de Lucadou por el casamiento de su hija con von Huelsen. Después Guillermo le ponderó en términos entusiastas las cualidades de su futuro yerno.

—Pero—objetó la dama sorprendida,—mi hija no posee mi consentimiento, y las felicitaciones tan halagüeñas de Vuestra Majestad parten de una falsa suposición. El mismo general es poco partidario de ese matrimonio.

—El general debe obedecer mis órdenes. En cuanto á usted, señora, espero que cambiará de opinión cuando yo le haya dicho que Huelsen es el marido que le conviene á su hija.

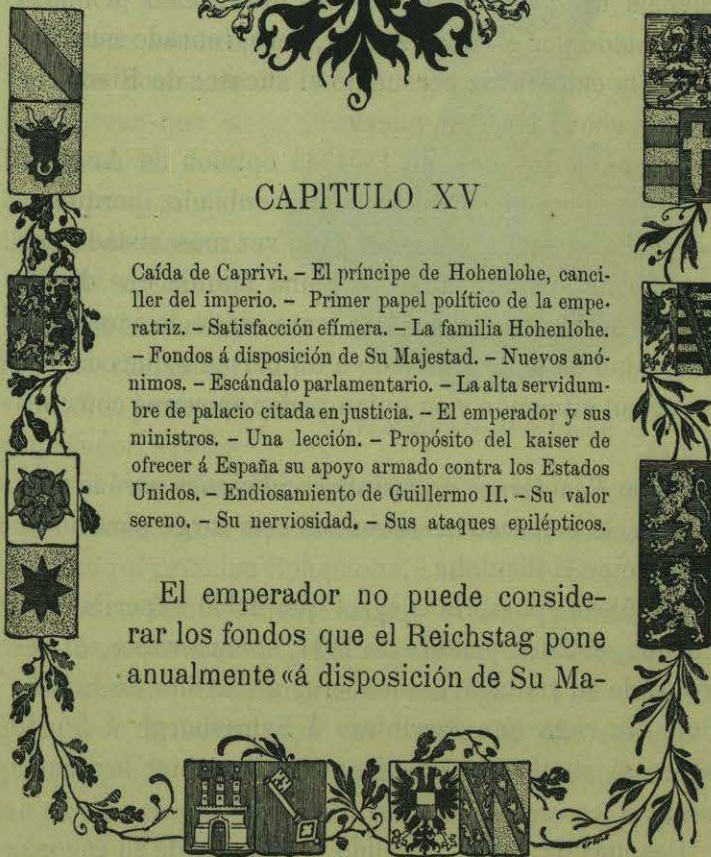
En este asunto, como en muchos otros, Guillermo se salió con la suya. La señora de Lucadou cedió y el matrimonio se verificó algún tiempo después, con asistencia de Sus Majestades.



CAPITULO XV

Caída de Caprivi. — El príncipe de Hohenlohe, canciller del imperio. — Primer papel político de la emperatriz. — Satisfacción efímera. — La familia Hohenlohe. — Fondos á disposición de Su Majestad. — Nuevos anónimos. — Escándalo parlamentario. — La alta servidumbre de palacio citada en justicia. — El emperador y sus ministros. — Una lección. — Propósito del kaiser de ofrecer á España su apoyo armado contra los Estados Unidos. — Endiosamiento de Guillermo II. — Su valor sereno. — Su nerviosidad. — Sus ataques epilépticos.

El emperador no puede considerar los fondos que el Reichstag pone anualmente «á disposición de Su Ma-



jestad» (unos tres millones de marcos) como formando parte de su lista civil. Estos fondos deben emplearse en socorrer á los veteranos de las guerras ó á las víctimas de las grandes calamidades nacionales.

Pues bien; vamos á explicar aquí las circunstancias que condujeron al emperador á recurrir á ellos, para hacer frente á dificultades que hubieran podido transformar toda la política interior del Imperio.

El canciller conde de Caprivi había dimitido á consecuencia del proyecto de ley de instrucción primaria presentado por el conde Zedlitz, pero, retirado este proyecto, la emperatriz persuadió al sucesor de Bismarck que no abandonase su puesto.

Dos años después, en 1894, la opinión de Augusta Victoria sobre el canciller había cambiado, porque la soberana se sentía entonces cada vez más aislada con un marido siempre ausente y una familia que de día en día se le despegaba. Por tanto sintió la imperiosa necesidad de tener á su lado á un pariente que ocupara una gran situación y en quien poder apoyarse con confianza.

Como Waldersee no reunía condiciones para la cancellería, la emperatriz ambicionó este cargo para su tío el príncipe Hohenlohe.

Calcúlese, pues, la alegría que debió experimentar cuando, el 25 de octubre de 1894, el emperador, al regreso de su visita á Liebenberg, el castillo de Eulenburg, le rogó que escribiese á Estrasburgo á fin de saber si su tío estaría dispuesto á aceptar la cancellería.

Después de haber cumplido el encargo de su esposo, la emperatriz pasó la noche escribiendo una porción de

cartas, á su madre, á sus hermanas, á su hermano y á otros miembros de su familia que residían en Inglaterra, anunciándoles su dicha.

—He notificado á todo el mundo que mi marido al fin vivirá en paz, después que se haya desprendido de ese canciller quimerista y turbulento,—decía á sus damas de honor aludiendo á Caprivi.

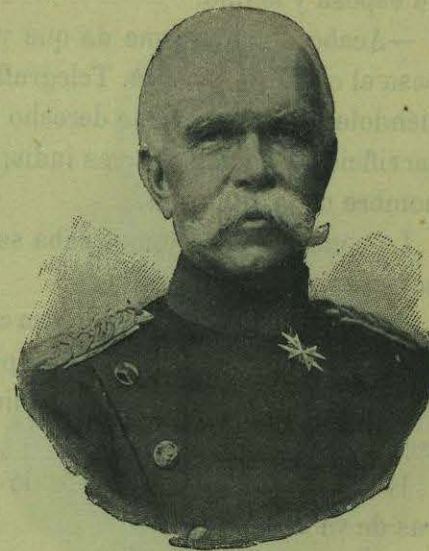
El emperador no tuvo la paciencia de esperar que la contestación á la carta de su mujer llegase de Alsacia.

El día siguiente, Herr von Lucanus, jefe del cuarto civil, fué, de parte del emperador, á pedir

á Caprivi su dimisión inmediata. Cuando el canciller hubo obedecido á la intimación imperial, Guillermo telegrafió al príncipe Hohenlohe, á «tío Clodoveo», como le llamaban familiarmente los soberanos, rogándole encarecidamente que aceptase el puesto que le ofrecía.

El anciano príncipe contestó que dejaba á su esposa el cuidado de tomar una resolución. Si ella opinaba que su estado de salud le permitía aceptar, á su edad, tan pesada carga, él acudiría al llamamiento del emperador.

Inmediatamente, Guillermo le envió este telegrama:



El canciller conde de Caprivi

«Augusta Victoria os espera esta noche en palacio.»

Las damas de honor estaban enteradas de estos acontecimientos por el emperador mismo que iba y venía sin cesar de sus habitaciones á las de la emperatriz. En el momento del te, el kaiser entró en el gabinete de su esposa y le dijo:

—Acabo de enterarme de que vuestra tía María (1) pasa el otoño en Aussee. Telegrafíadle en seguida diciéndole que el país tiene derecho á exigir de ella ese sacrificio. Hohenlohe me es indispensable. Es el único hombre de la situación.

La confianza que le mostraba su marido, llenaba de satisfacción á la emperatriz.

—Una cosa es ser reina y otra cosa es reinar,—decía con orgullo Augusta Victoria, poco acostumbrada á ejercer la menor influencia política sobre su imperial esposo.

Hohenlohe capituló después de cuarenta y ocho horas de vacilación.

El 30 de octubre, Sus Majestades enviaron á la princesa María un telegrama dándole las gracias por su patriotismo y desinterés.

«Entonces, el palacio real fué un sitio habitable en que se puede dormir y comer tranquilamente, acostarse á horas regulares y vestirse sin ser llamada para descifrar un telegrama ó enjugar las lágrimas de nuestra Augusta señora», escribe una de las damas de palacio.

La soberana era feliz. Había desempeñado un papel político. ¿Por qué no había de llegar á ser otra reina Luisa?

(1) La esposa del príncipe Hohenlohe.

Desgraciadamente aquella felicidad duró poco. Aún no hacía una semana que «tío Clodoveo» ocupaba la cancillería, cuando una infinidad de individuos de la familia Hohenlohe (exactamente cincuenta y seis, dicen las crónicas) empezaron á importunar á la corte y á Sus Majestades con motivo del sueldo del canciller, que era inferior en cien mil marcos al del lugarteniente del emperador en Alsacia-Lorena.



El príncipe de Hohenlohe, canceller del imperio

«La situación de la familia no puede permitir tal sacrificio sin compensación,» gritaban á coro los Hohenlohe recalci-trantes. «El príncipe se debe ante todo á su familia y debe ayudar á su prosperidad.»

Otro de sus argumentos era este:

«Tío Clodoveo no es un solterón indiferente, sino un padre, abuelo y tío cuidadoso. Docenas de Hohenlohe, además de sus propios hijos, dependen del noble anciano; así es que, para ellos, la disminución de sueldo es una verdadera calamidad.»

Los peticionarios acabaron por decir que si Hohenlohe había consentido en aceptar la cancillería por com-

placer al emperador, éste venía obligado á resarcir la pérdida pecuniaria sufrida por el nuevo canciller.

El emperador no hizo caso de tales reclamaciones, hasta que recibió una carta anónima así concebida:

«Vuestra Majestad no debería mostrarse tan duro con Hohenlohe, por lo que toca á su sueldo, sobre todo, cuando es sabido el buen uso que tío Clodoveo hizo de su fortuna. Gracias á él, la duquesa Adelaida y sus hijos, entre ellos la emperatriz de Alemania, no murieron de hambre cuando el desgraciado Augustenburg (1) combatía por su trono.»

Esta carta llegó á Berlín y fué leída por el emperador el 15 de noviembre. Fué para él un golpe terrible la noticia de que su suegra y su esposa debían obligaciones al hombre á quien acababa de nombrar su criado en jefe. Desde aquel momento no pensó más que en hacer cesar las reclamaciones.

Aquella misma noche comieron en palacio los príncipes de Meiningen, el duque Gunther y la princesa heredera de Hohenzollern, y el kaiser les enseñó la misma anónima.

—¿Supongo que no vais á mandar otra vez al pobre Kotze á las prisiones militares de Linden Strasse?—preguntó la princesa Carlota.

—Os aseguro que ese idiota amigo vuestro, me preocupa muy poco—contestó el kaiser. Lo que yo quiero, es evitar un nuevo escándalo; impedir que se propale el rumor de que la madre de la emperatriz aceptó la caridad de un Hohenlohe, y la única manera de conseguirlo, á mi entender, es tapar la boca á esa gente, dan-

(1) Duque de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, padre de Augusta Victoria.

do al canciller el mismo sueldo que al lugarteniente del emperador en Alsacia.

En seguida corrió otro rumor más grave: el de que Guillermo había resuelto aumentar en cien mil marcos anuales el sueldo de Hohenlohe, de los fondos que el Reichstag «ponía á su disposición» para socorro de soldados heridos y enfermos, de huérfanos ó viudas de militares, ó de víctimas de calamidades públicas.

Cesó el rumor y, durante algunos días, los soberanos se entregaron á los placeres de la estación. Tío Clodoveo iba con frecuencia á palacio, y sus relaciones con el emperador parecían cada vez más cordiales.

Pero, á fines del mes, otra carta anónima vino á turbar de nuevo la tranquilidad de Sus Majestades. Esta carta anunciaba próximos y grandes escándalos, porque la prensa conocía el asunto de «la disposición de fondos.» Sin embargo, durante unos cuantos días, no se oyó hablar de nada. Ya se creía que la carta reveladora era una simple mistificación cuando, de pronto, el 6 de diciembre, estalló el gran escándalo en el Reichstag. Los socialistas se negaron á levantarse cuando la asamblea honró al emperador con un hurra.

Guillermo recibió la noticia sin inmutarse.

—Si esa manifestación iba dirigida contra mí—dijo aquella misma noche en la mesa—ha errado el golpe, porque ni siquiera alcanzó á la punta de mis botas. Pero esa canalla socialista ha faltado gravemente á la dignidad de la asamblea, que debe pedirle satisfacción. Después de todo, eso me hace el caldo gordo, puesto que prepara el éxito del *Omsturz Vorlage* (1).

(1) El proyecto de ley antirrevolucionario.

Pero el kaiser no guardó mucho tiempo aquella aparente calma. Pocos días después, ordenó al príncipe de Hohenlohe que pidiese al Reichstag la autorización de encausar al *leader* socialista Liebknecht por crimen de lesa majestad; autorización necesaria para perseguir judicialmente á los diputados, por cuanto la Constitución garantiza la inmunidad parlamentaria durante las legislaturas. Gran furor en palacio cuando el Reichstag se negó á sentar un precedente tan peligroso.

Poco tiempo después, la *Post* de Berlín, órgano oficial de las cancillerías, publicó un suelto desmintiendo una nota inserta en un oscuro periódico socialista, en que se afirmaba que el emperador y el canciller se habían puesto de acuerdo para apropiarse la *dotación pública*.

Con insigne torpeza, la *Post*, so pretexto de aclarar las cosas, refería cándidamente que el emperador, en recompensa de los servicios prestados por el príncipe de Hohenlohe, había tenido el gusto de darle una subvención de cien mil marcos, de los fondos de que disponía.

Durante la comida, el kaiser estuvo de mal humor y se mostró desagradable con todo el mundo. De pronto le trajeron un pliego oficial. Después de haberlo leído, dijo á la emperatriz:

—Vuestro tío me da las gracias por mi buena intención y abandona, al primer ataque del enemigo, la fortuna que he puesto en sus manos.

El emperador abandonó la mesa sin ofrecer siquiera el brazo á la emperatriz, que corrió tras él para averiguar la causa de aquella escena.

La alta servidumbre se reunió para cambiar impre-

siones, Al recogerse, damas de honor y funcionarios palatinos encontraron debajo de la puerta de sus respectivas habitaciones una convocatoria mandándoles comparecer, á las ocho de la mañana siguiente, ante el Auditor Real, con motivo de los anónimos. Su viaje de Potsdam á Berlín fué un verdadero viaje de recreo, y la instrucción judicial no dió ningún resultado.

En diciembre de 1895, Guillermo citó al canciller Hohenlohe, que tenía entonces setenta y ocho años, para la mañana siguiente muy temprano en la estación de Potsdam, á fin de acompañarle á Spandau, donde quería ver maniobrar en la nieve á unos regimientos provistos de un nuevo calzado.

El emperador quería que su venerable tío le leyese, durante el almuerzo, un informe sobre diferentes cuestiones á la orden del día.

La señora princesa espera á Vuestra Majestad en el cochosalón—dijo, al llegar á la estación, el conde Pückler, entonces intendente de los viajes.

—¡La princesa de Hohenlohe!—exclamó el emperador apretando el paso.—¿Estará enfermo mi canciller? Sería un contratiempo enojoso en este momento.

Y repitió su pregunta al hallarse en presencia de la princesa María, que le contestó:

—¡No está enfermo, á Dios gracias! Duerme sencillamente.

—¿Duerme, cuando su amo le ha convocado?

—¡Bah! ¡bah!, ¡señor sobrino! Recordaréis sin duda con qué condiciones aceptó el príncipe la cancillería. La primera de todas era que había que respetar su edad y su carácter. El telegrama citándole en Potsdam á las siete de la mañana, en pleno invierno, á su edad, me

ha parecido tan contrario á dichas condiciones, que he creído en un error de transmisión. ¿Vuestra Majestad quería simplemente que Clodoveo le trajese su informe? Pues yo os le traigo. He hecho bien, ¿verdad?

¿Qué podía hacer Guillermo sino tomar á bien la cosa?

—Todo lo que hace mi señora tía está bien hecho—dijo;—aunque ese proceder no es correcto, y la disciplina...

—¡Vaya, Guillermo!—replicó vivamente la vieja princesa.—Esas consideraciones podían ser oportunas con Caprivi. Entre iguales son odiosas. Desembarazadme de este documento.

—Gracias, tía,—dijo el kaiser en voz alta á fin de que le oyeran sus ayudantes de campo que se habían quedado á la puerta.—Siento la indisposición de mi tío Clodoveo. Moltke os acompañará á palacio, donde espero encontraros más tarde. Augusta Victoria se alegrará mucho de veros.

La emperatriz, celebró, sobre todo, que el encuentro entre su marido y su tía no hubiese tenido nada de desagradable.

Pero si los Hohenlohe podían obrar así, un Miquel, un Schönstedt, un Thielmann ó un Hommerstein debe obedecer á todas las órdenes imperiales, so pena de destitución.

En invierno, tienen que estar á la disposición de Su Majestad desde las siete de la mañana.

En verano, el kaiser les cita á menudo para que le lean sus informes á las cinco y media ó las seis. Entonces el pobre ministro tiene que levantarse á las cuatro, pues la etiqueta exige que vaya á la audiencia imperial de gran uniforme, con sus condecoraciones, cal-

zón corto, media de seda y espada al cinto. Claro que esto no sucede todos los días, porque á Guillermo también le gusta dormir, y no da sus audiencias matinales sino cuando vuelve de viaje ó cuando sus placeres ó los ejercicios militares le absorben todo el tiempo.

Pero si no es muy frecuente que á un ministro se le llame á las siete de la mañana, los consejeros de la corona se hallan expuestos á verse arrancados á sus trabajos, á su familia y á su reposo á toda hora del día y de la noche.

En invierno, cuando caza en las cercanías del Palacio Nuevo, Guillermo II, á veces, regresa de pronto y se pone á trabajar, porque encuentra que hace demasiado frío ó por otra causa. Entonces vuelan por telégrafo estas órdenes: «Su Majestad ha dispuesto que von Miquel, ó el conde Posadowsky, ú otro ministro, se encuentre en el Palacio Nuevo á tal hora.» Y, á veces, cuando Sus Excelencias, acompañados de sus secretarios portadores de las carteras, llegan á Wildpark, el cochero de palacio les anuncia que el emperador se ha vuelto á cazar y volverá dentro de dos ó tres horas ó más. Entonces se vuelven á Berlín, donde á menudo reciben la orden de volver á Potsdam al poco rato.

El emperador se invita fácilmente á comer en casa de sus ministros, y suele avisar á su anfitrión media hora antes, notificándole que ha convidado á una ó más personas. Se cree infinitamente superior á sus ministros y á sus cancilleres.

Cuando, á primeros de octubre de 1897, el príncipe de Hohenlohe amenazó retirarse si el emperador ofrecía á la reina regente de España su apoyo armado, á fin de contrabalancear la intervención posible de los

Estados Unidos en los negocios de Cuba, Guillermo II, durante tres días, no habló más que de Federico el Grande, «que era su propio canciller y su propio Parlamento», y de la poderosa iniciativa de los Hohenzollern, «que saben precipitar los acontecimientos antes de que el enemigo tenga tiempo para recobrase». Y añadía golpeándose el pecho:

—¡Pero Federico no ha muerto! Federico revive aquí, y su férrea mano cogerá á alguno por el cuello el día menos pensado.

Á pesar de sus amenazas, hasta ahora ha evitado la guerra, y no creemos aventurado suponerle cada vez más dispuesto á contribuir á la conservación de la paz.

Guillermo II es moralmente irresponsable de muchos de sus actos injustos ó descorteses, porque no es dueño de sí mismo. Está tan endiosado que mira al prójimo como cosa que no entra en cuenta. Y no exceptúa á nadie de esa especie de menosprecio, ni siquiera á su esposa; así es que cuando monta á caballo con ella y algún accidente la obliga á detenerse, él continúa tranquilamente su camino con sus ayudantes de campo, sus *grooms* y sus gendarmes, sin moderar el paso para que su mujer le alcance.

—La emperatriz,—dice él,—lleva sus damas y gentileshombres que se ocupen de ella.

No es pues de extrañar que el emperador considere todos los recursos del Estado como cosa propia. Según él, todo le pertenece. Dice: «mi ejército», «mi marina», «mis fortalezas», «mis puertos», «mis fondos» (hablando de los tesoros del estado), «mi canciller», en el mismo tono que dice: «mi caballo», «mis hijos» ó «mis discursos».

Una vez, en Wilhelmsöhe, dijo á su antiguo profesor, el doctor Kins:

—Vuestro objeto principal ha de ser inculcar en la juventud el sentimiento de que la grandeza de *mi* imperio depende de la fuerza de *mi* marina.

Guillermo se cree un verdadero dios. En la nueva iglesia de la guarnición de Berlín, hizo distribuir Biblias con inscripciones del género de esta: «Marcharé entre vosotros; y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.»

En agosto de 1897, pronunció en Coblenza el famoso sermón sobre los decretos de Dios, en que presentó su candidatura para el virreinato del Cielo.

En diciembre del mismo año, el príncipe Enrique, que no emite un concepto sin previa consulta con su augusto hermano, dijo en un inaudito discurso de despedida, que le valió amargas censuras, tan injustificadas como las que pudieran dirigirse á un fonógrafo: «Llevaré á lo lejos el Evangelio de la sagrada persona de Vuestra Majestad. Le predicaré á los que quieran oirlo y á los que no quieran.» Durante su viaje á Oriente, el kaiser envió de Constantinopla al príncipe de Bismarck el siguiente telegrama, fechado en 9 de noviembre de 1880: «Hacemos un excelente viaje. Tiempo espléndido. Efectos de color y de luz en tierra y en el mar, superiores á lo visto hasta ahora. Ayer el aire era tan puro que ví las montañas y el continente de Pelagomes, cosa que *ningún ojo humano* había podido contemplar jamás.»

Á pesar de su excesiva nerviosidad, Guillermo II es valiente y sereno, sobre todo en los momentos de peligro.

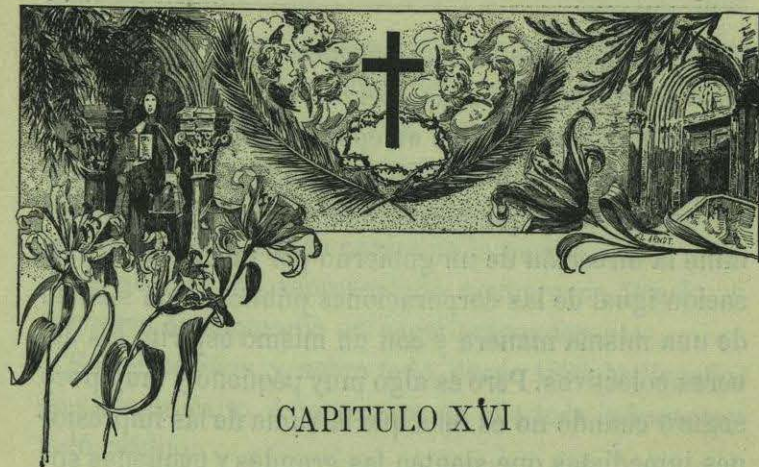
Asistiendo á una revista militar, en el campo de ma-

niobras de Bornstett, se le desbocó tres veces un fogoso caballo padre que montaba. La emperatriz y el príncipe Enrique, asustados, le rogaron que cambiase de cabalgadura, cosa fácil puesto que lleva siempre un caballo de reserva. Pero él no quiso. Despreciando el peligro, se empeñó en rendir al terrible animal, y consiguió su objeto.

Durante los disturbios de Berlín, en 1891, mostró un valor y una sangre fría admirables.

La nerviosidad de Guillermo le ha producido varios ataques epilécticos, que se ha procurado tener ocultos, pero que nadie ignora. Sufrió el primero en el verano de 1891, dos meses antes de su viaje á Inglaterra. Se le encontró en su tocador, tendido en el suelo bajo una butaca que había derribado al caer. De pronto corrió la voz de que habían asesinado al emperador; luego se dijo que éste se había suicidado. La verdad se supo cuando el kaiser, asistido por los médicos, se repuso del accidente. Desde entonces los ataques se han repetido, aunque no con tanta frecuencia. La explicación dada á la servidumbre de palacio por el mayordomo Eulenburg es peregrina:

—Su Majestad—dice Su Excelencia—tiene una manera particular de echarse violentamente en su butaca. No es, pues, de extrañar que la butaca ceda á veces á su peso.



CAPITULO XVI

El emperador y los partidos. — El discurso de Hamburgo. — La opinión pública. — La nobleza prusiana y alemana. — Relación de los partidos conservadores con la corona. — Duras medidas contra los rebeldes. — Conceptos erróneos de Guillermo en materia política. — Su personalismo en la esfera religiosa. — Una pastoral y una encíclica. — Conflicto de conciencia. — Guillermo II y los católicos. — Visitas del kaiser á León XIII. — Visita del canceller Waldersee al general de los jesuitas. — Guillermo, caballero del Santo Sepulcro.

«Ante todo, debe el pueblo deponer su afán de buscar el sumo bien en las tendencias cada vez más acentuadas de los partidos; es preciso que deje de poner el interés de la parcialidad por cima del bienestar general; es menester que enmiende su defecto hereditario de someterlo todo á una crítica desenfrenada y que se detenga ante los límites que le trazan sus más vitales intereses.»

Así habló el emperador Guillermo en Hamburgo en 18 de octubre de 1899.

El kaiser se lamenta del espíritu de partido, pero no consigue dominarlo, y aun puede decirse que ese espíritu nunca ha dejado oír su voz de un modo tan estridente como de algunos años á esta parte.

Rodolfo Gueist, en su «Sistema del *Selfgovernment*»,